

Félix Armando Núñez

“Por los valores espirituales”, de don Enrique Molina



L TITULO de esta obra, que proyecta como un resplandor de esperanza para los que no se satisfacen con el aplanamiento material de nuestros días, le da un sentido de duradera y renovada fecundidad. Hay que reconocerlo paladinamente: vivimos en una época de vacilaciones y desalientos. La cordialidad, la delicadeza, el desprendimiento, todas esas manifestaciones superiores de la civilización, parece que atravesaran por un momento de grave crisis. Se las discute y hasta se las niega calidad de excelsas. Para algunas conciencias, es como si Buda y Sócrates, Jesús y Platón, redundaran en el tráfigo de la vida humana, dotado hoy de un turbio sentido de fuerza brutal e innoble combate. Quizás nunca como hoy alcanzaron significación tan dramática las palabras de Lucrecio: “Todas las cosas de la Naturaleza están hechas por manera de batalla”. Asistimos a la lucha entre la fuerza ciega y el espíritu y para aumentar la angustia que fluye del drama, vemos que hay como un Ariel nuevo al servicio de Calibán. Las grandes almas escasean. Romain Rolland, Unamuno, Gandhi, se nos antojan, por momentos, anacrónicas y desarraigadas. Necesitamos la palabra quemada de la fe, el gesto de esperanza, la actitud confortadora. Necesitamos los maestros fervorosos, los apóstoles, las juventudes idealistas.

Este nuevo libro de don Enrique Molina responde a la urgencia de vivificar lo que sobre el desmoronamiento de las conquistas esenciales y profundas va quedando todavía incontaminado y egregio. Libro lleno de unción, se impone al espíritu por esa serenidad luminosa que es propia de los nobles y los buenos, y envuelve en la plácida ondulación de sus líneas problemas capitales de nuestros pueblos y nuestra cultura. La profesión de fe optimista, la invitación al recogimiento de los libros —*in angello cum libello*—, el reconocimiento de la excelsitud artística manifestada en juveniles palabras con ocasión de los recitales de Berta Singerman, el análisis sutil de las cuestiones sociales y políticas, referidas a los estudiantes, y la polémica de Leopoldo Lugones en que campean la pura doctrina y la dialéctica vigorosa, se suceden en estas páginas cordiales, sobre un fondo de perenne simpatía humana, que da la nota inconfundible del libro.

Y burla burlando, esta charla purificada, que es la obra, nos conduce de pronto a la cima ideal, donde a la luz de un pensamiento profundo, sentimos la amplitud del horizonte humano en las batallas por la verdad, el amor y la justicia.

“El poeta —dice don Enrique—, el verdadero poeta es el vidente, es el privilegiado del espíritu para traducir en verbo humano lo que avizora en vuelos suprasensibles y de difícil acceso al común de los mortales; es el portador de las cuerdas divinas que vibran con el dolor de los más. Los demás se encuentran expresados en él y se dicen: “Esto es lo que he sentido, lo que siento”. Y le agradecen al poeta la iluminación de esperanza producida, el alivio al pesar traído con su ahondar en las complejidades del corazón. El poeta es el creador de belleza, es el pontífice del amor en todas sus formas. Vuela por esto en planos superiores a las miserias ordinarias de la vida o les aplica el cauterio de su fuego de profeta indignado cuando provienen de la mezquindad y maldad de los hombres. Es así antena de luz que grita a los extraviados y abatidos mortales: “Avanzad, avanzad, realicemos con valor la vida, hagamos a Dios”. Hagamos a Dios: esta expresión tan bella y tan simple representa como el ápice del pensamiento que alienta en las páginas del libro. La simpatía, la

delicadeza, la sonrisa de la civilización, he ahí lo que estamos defendiendo como un valor eterno y por lo mismo indiscutible. Hacemos a Dios con la fuerza de expansión de nuestras acciones más puras. Sobre la brutalidad, sobre el mercantilismo deprimente, sobre la indiferencia de los escépticos, esta frase salida de la abundancia cordial, es como el hilo de oro que las generaciones van tejiendo, siglo a siglo, en su anhelo de solidaridad.

Y tiene todavía la obra páginas entonadas por una amorosa y honda comunión con el paisaje: “¿No sientes que ráfagas del espíritu divino te eligen como morada en su circulación universal? ¿No lo sientes?”

“Con retazos de la naturaleza y con retazos del libro, teje el alma humana el velo de su siempre incompleta filosofía. Espera, ser atormentado, quizás esta vez la naturaleza y el libro hilarán en tu pecho por lo menos un blando copo de paz”.

Un blando copo de paz. Tal es la impresión que sentimos al volver la última hoja.